

**PULCHRITUDO DAEMONUM: SERES MALIGNOS EN NUESTRO
IMAGINARIO CULTURAL**

Pulchritudo daemonum: evil beings in our cultural imaginary

Ricardo PIÑERO MORAL
Universidad de Navarra

Fecha de recepción: Abril 2014
Fecha de aceptación: Diciembre 2014

RESUMEN:

Este artículo examina la importancia de la Este trabajo ofrece un recorrido histórico de las figuras del Demonio, el ángel caído y otros demonios desde los escritos de los Padres de la Iglesia hasta el día de hoy. Partiendo de un estudio que explica y analiza el origen de estos seres malignos y las causas de su conversión al mal, se pretende demostrar su existencia como parte del imaginario cultural occidental. Para ello se tendrán en cuenta distintas caracterizaciones de los demonios en el ámbito de la cultura popular contemporánea (TV, cómic y cine), donde la descripción de estos personajes coincide con el retrato de la tradición Judeocristiana.

Palabras clave:

Demonio, exorcismo, cine, comics, medios de comunicación.

ABSTRACT:

The aim of this article is to offer an historical view of the figures of the Devil, the Fallen Angel and other demons, from the early church fathers to the present day. First, we will explain the origin of these beings, as well as the causes of their conversion into the evil. Then, we will try to demonstrate their existence as part of Western cultural imaginary. To this end, we will take into account various characterizations of demons in contemporary popular culture (TV, comic and cinema), where the description of these characters matches their traditional Judeo-Christian portrayal.

Key Words:

Demon, exorcism, films, comics, media.

Pero la malicia del demonio, enemigo de toda virtud, es de tal manera perversa y está tan arraigada que, desde el momento que no consigue eliminar el uso santo y de alabanza de las imágenes, actúa de manera que se realicen abusos en ellas y que se banalice por tanto su valor. [...] Una ciudad se pierde antes con un tratado que con un asedio, y por esto el demonio, abandona el asedio con el que quería eliminar las imágenes, y prepara un tratado: corromperlas y llenarlas de abusos (PALEOTTI, 1582).

La presencia de los seres malignos

La fascinación que ejerce en el ser humano lo desconocido, lo remoto, lo oculto, aquello que podría circundar nuestro universo vital, pero que sin embargo pertenece a un ámbito próximo a lo no racional, es superlativa. Somos seres curiosos por naturaleza. Además, esa curiosidad puede llegar hasta límites malsanos cuando nos acercamos a todos aquellos seres vinculados en mayor o menor medida al Mal: vampiros, monstruos, nigromantes, videntes, ocultistas, brujas, etc., y ¿qué decir del Satán y los ángeles caídos? Todos ellos provocan una atracción que imanta nuestra imaginación, ejercen un poder tan encantador que terminan por convertirse, más que en un ‘tema’ de interés, en una auténtica obsesión.

No hace falta recordar cómo, desde antiguo, las leyendas sobre los que caen en la seducción de los poderes maléficos han despertado un especial interés. Podemos referirnos, por ejemplo a la historia de «la cueva de Salamanca» (situada en la antigua iglesia de San Cebrián). En ella se nos narra cómo el diablo en persona aleccionaba a un número de elegidos, de iniciados para instruirlos en saberes tan peculiares como hechizos, pócimas o encantamientos, aunque el precio que podía pagar uno de los seleccionados era muy caro. La leyenda cuenta que en este espacio Satanás, en ocasiones bajo la apariencia de sacristán, impartía doctrinas de ciencias ocultas, adivinación, astrología y magia a siete alumnos durante siete años, tras de los cuales, uno de ellos, debía quedar de por vida en la cueva a su servicio. El origen de esta leyenda está en las clases que en la sacristía impartía el párroco de la iglesia. Se llamaba Clemente Potosí, y llegó a ser identificado con el diablo. Éste daba lecciones de astrología, geomancia, hidromancia, piromancia y quiromancia, con el objetivo de aprender técnicas adivinatorias. Los alumnos que acudían a las clases no revelaban qué era lo que aprendían y este hermetismo fomentó la

leyenda. Según la tradición el número de alumnos era siempre siete y el tiempo de los estudios siete años, número con implicaciones místicas. Los alumnos debían pagar por las clases recibidas. El método era peculiar, se sorteaba qué alumno debía pagar por todos, si al que le tocaba no podía pagar debía permanecer encerrado en la cueva. Un año, quien perdió el sorteo y debía pagar las clases a todos sus compañeros fue el Marqués de Villena, Enrique de Aragón, que se encontraba en la ciudad de Salamanca como estudiante en la Universidad. Cuando tuvo que pagar se encontró en la situación de no tener dinero para saldar su deuda, por lo que fue encerrado en la cueva. Sin duda el marqués fue uno de los estudiantes aventajados del Diablo, del que consiguió escapar con vida, aunque dejó en manos de El Malvado su sombra, quedando así marcado para siempre como uno de sus adeptos (BOTELLO DE MORAES 1987; EGIDO 1994; GARCÍA BLANCO 1961).

En todas las culturas del planeta hay siempre unos seres malignos que se entremezclan con la vida de los hombres y que tienen como meta aparente la perdición de los individuos, infligirles daños, burlarse de ellos, torturarlos, condenarlos y embaucarlos, aunque siempre sus intenciones aparentes son bondadosas, atractivas y agradables. De todo el espectro posible de criaturas malignas, en esta ocasión, voy a hablar sólo de aquellas que la tradición judeocristiana denomina demonios, ángeles caídos, y de algunos seres humanos que, de un modo u otro, se relacionan con ellos.

Pongamos las cosas claras: ¿qué es un demonio? Lo más sencillo es definirlo como un ser espiritual que incita al mal. A su vez podemos preguntarnos: ¿es que hay seres espirituales? Tomás de Aquino nos diría que hay tres tipos de criaturas: «et primo, de creatura pure spirituali, quae in Scriptura sacra Angelus nominatur; secundo, de creatura pure corporali; tertio, de creatura composita ex corporali et spirituali, quae est homo» (S. Th I, q. 50), es decir, criaturas puramente espirituales, que la Sagrada Escritura¹ denomina

¹ Entre las funciones que la Biblia atribuye a los ángeles están las siguientes: alaban a Dios (Salmo 148:1,2; Isaías 6:3); adoran a Dios (Hebreos 1:6; Apocalipsis 5:8-13); se regocijan en lo que Dios (Job 38:6-7); sirven a Dios (Salmo 103:20; Apocalipsis 22:9); se presentan delante de Dios (Job 1:6; 2:1); son instrumentos de los juicios de Dios (Apocalipsis 7:1; 8:2); traen respuestas a la oración (Hechos 12:5-10); ayudan a ganar a la gente para Cristo (Hechos 8:26; 10:3); observan el orden, trabajo y sufrimiento de los cristianos (1 Corintios 4:9; 11:10;

ángeles; criaturas puramente corporales, y nosotros mismos, los seres humanos. Ahora bien, todo ser que ha salido de la mano de Dios, toda criatura, pues, ha sido creada en origen buena, y con una serie de capacidades específicas. Las criaturas puramente espirituales están dotadas de unos dones extraordinarios: una inteligencia privilegiada (Mateo 8:29; Corintios 11:3; Pedro 1:12) aunque su conocimiento, en cuanto criaturas que son, sea limitado; una movilidad supersónica, no tener cuerpo tiene sus ventajas; también tienen emociones (Lucas 2:13; Santiago 2:19; Apocalipsis 12:7), y poseen voluntad (Lucas 8:28-31; 2 Timoteo 2:26; Judas 6). Ahora bien, si todos los ángeles fueron creados buenos ¿por qué hay ángeles caídos?

Cómo se pasa de ángel a demonio

La tradición cristiana nos indica, por activa y por pasiva, que Lucifer es el soberbio, es la encarnación de la soberbia, es el orgulloso que se rebela contra Dios, siendo Éste el objeto directo contra el que enfrentarse. Sin embargo, los primeros pensadores del cristianismo apuntan a otra causa de rebelión, una causa mucho menos divina, mucho menos espiritual y más cercana a la debilidad de cualquier criatura. Esa causa son los celos. Pero ¿celos de quién?, ¿de quién puede sentirse celoso el mismísimo diablo, el ángel más inteligente y hermoso? La respuesta de los primeros Padres de la Iglesia es muy simple: el diablo siente unos celos insoportables del hombre (PIÑERO 2006, p. 16).

Si subestimamos al Maligno caeremos en sus garras. Si menospreciamos su esencia, su existencia y sus capacidades, estaremos derrotados desde el inicio. El demonio sabe lo que hace tanto o tal vez mucho mejor que nosotros. Consideremos, pongo por caso, su nivel especulativo: es mejor teólogo que cualquiera de nosotros. No es que tenga fe, es que *sabe* que Dios existe. A este respecto es suficiente recordar cómo y con qué soltura maneja y cita las Escrituras cuando se presenta en el desierto para tentar al mismo Cristo. Si analizamos otros aspectos, resulta claro que no tiene ninguna debilidad carnal: no conoce la fatiga, no es aficionado al alcohol, no se complace en las obscenidades genitales, no tiene apetito desordenado por los bienes materiales.

Efesios 3:10; 1 Pedro 1:12); animan en momentos de peligro (Hechos 27:23,24); cuidan de los justos al momento de su muerte (Lucas 16:22), etc.

Esto no lo digo yo, lo apunta el mismísimo Tomás de Aquino en la *Suma Teológica* (S. Th I, q. 63, 2)². Es casto y pobre sin haber tenido que hacer votos consagrados, es decir, lo es por naturaleza. Tampoco hay en él ignorancia alguna del lado de su inteligencia natural: no tiene necesidad de aprender a hablar, no ha tenido que ir a la escuela, ni siquiera tiene que formular, como nosotros, el más mínimo razonamiento. Por su condición natural, del mismo modo, es algo así como un sabio al que no le ha costado esfuerzo alguno serlo, es un maestro sin rabí, sin ni siquiera títulos de grado conformes a Bolonia. Podemos preguntarnos entonces: ¿cuál es su mal? Exclusivamente espiritual. Lo expone San Agustín en *La ciudad de Dios*: «Es infinitamente soberbio y envidioso» (S. Ag. *De civ.*, libro XIV, III). Aclarado esto, no deberíamos dejarnos caer en una imaginería tan engañosa ni tan grosera como la del macho cabrío del aquelarre o la del sátiro maligno. La envidia diabólica es rica en sutileza; y su soberbia es absolutamente exquisita, llena de refinamiento.

Ahora bien, de esos dos vicios, ¿cuál podríamos apuntar como el primero? Algunos Padres de la Iglesia, y no de los menores, insisten en que la envidia estaría en el principio del pecado angélico. Algunos ángeles habrían cobrado celos de dos seres supuestamente “inferiores”: los arcillosos Adán y Eva. ¿Cómo va a ser posible que esas criaturas estuvieran también, como ellos, llamados a la bienaventuranza divina? Las palabras de San Bernardo son deliciosas:

Lucifer, lleno de sabiduría y perfecto en belleza, pudo saber de antemano que un día habría hombres y que alcanzarían también una gloria igual a la suya. Pero además de saberlo de antemano, sin duda alguna lo vio en el Verbo de Dios y, en su rabia, concibió la envidia. Así es como proyectó tener súbditos, rechazando con desdén tener compañeros. Los hombres, dijo, son débiles e inferiores por naturaleza: no les conviene ser mis conciudadanos ni mis iguales en la gloria (S. BERNARDO DE CLARAVAL, XVII, 5-6).

Lo más chocante y apreciable de esta tesis es que, en ella, el diablo se muestra puritano, ladinamente puritano. Y nada lo motiva más que su puritanismo a

² Véase el Apéndice I sobre la soberbia y envidia de los ángeles en la propia *Summa Theologiae*.

empujar a los hombres a la lujuria, para revolcarlos mejor en ese vergonzoso fango y pavonearse en su superioridad incorpórea.

Es innegable el valor explicativo de esta tesis a propósito de la *caída envidiosa*. Aunque, ciertamente, sigue siendo parcial y no tendría un alcance suficiente. El libro de la *Sabiduría* dice que por envidia del diablo entró la muerte en el mundo (Sb 2, 24). Por otra parte, el libro de Ben Sirá nos recuerda: «el comienzo del pecado es el orgullo» (Ecl. 10, 15). San Agustín observa cómo algunos dicen que el demonio cayó de las moradas celestes porque envidió al hombre hecho a imagen de Dios. Pero la envidia sigue a la soberbia y no la precede: la envidia, en efecto, no es causa de orgullo, pero la soberbia sí da razones para envidiar. La envidia de la que se trata supone el previo rechazo al designio generoso de Dios. Cuando los obreros de la primera hora se irritan por que los de la última reciben el mismo salario, rechazan sin paliativos la voluntad del dueño. Ese rechazo manifiesta la soberbia, que podría ser formulada de esta manera: quiero definir por mí mismo lo que debe ser el bien para mí.

El primado de la envidia nos posibilita pensar a Satán como un tirano que desprecia a los hombres, pero dificulta que alguien pueda considerarlo como un pseudo-liberador. De todos modos al Maligno le encanta parecer un impoluto profesor de dignidad, un doctor excelso en autonomía y, por tanto, un verdadero anticristo o contra-Mesías, que susurra al oído de quien le quiera escuchar que la única salida es que cada uno que se salve a sí mismo. Aún más, nos anima a fabricar nuestro propio pequeño cielo privado.

Espíritus inmortales des-graciados

Casi siempre hablamos de lo que los demonios tienen: su poder, su ambición, sus capacidades extraordinarias, sus dones preternaturales, incluso su fe en Dios. Sin embargo, podríamos preguntarnos: ¿de qué carecen?, ¿qué es lo que no tienen? Por expresarlo de manera directa, telegráfica, diremos: los demonios no tienen ni carne, ni muerte, ni gracia.

El hecho de afirmar la fe de los demonios comporta una serie de consecuencias que inciden de manera precisa en la consideración de la ética,

muy especialmente a la hora de reflexionar acerca del mal moral. Hemos de desechar, desde este punto, cualquier concepción o paradigma gnóstico de la redención. Además, hay que prescindir de un reduccionismo con respecto al origen del “pecado”: no es “la carne” el origen exclusivo del pecado. Intentaré explicarme brevemente. Entendemos por concepción gnóstica de la redención aquella idea por la que el mero conocimiento especulativo o una técnica de autodomínio serían suficientes para lograr la salvación, lo que conduciría a reducir siempre el pecado a la ignorancia o a la debilidad, o dicho de otra forma, a nuestra condición carnal, siendo la carne a la vez el velo y el obstáculo. Esta visión de las cosas contaminó el pensamiento cristiano a través del estoicismo, sin duda todavía muy querido para el Pascal de las *Entrevistas* con el señor de Sacy. Epicteto, que enuncia «cuando alguien te hace un mal, él es quien se equivoca», escribe además «sólo hay un camino que lleve al hombre a ser libre, despreciar todo lo que no depende de nosotros» (PASCAL 1994, XIII y XIX). El único camino de la salvación, la vía para lograr una autonomía plena que nos permitiera ser dueño de uno mismo, sería en este planteamiento de corte estoico, el de no dejarnos dominar por las pasiones de la carne ni caer en las garras de las representaciones erróneas del espíritu.

Resulta incuestionable que la mayor parte de nuestros tropiezos proceden de la ignorancia y de la debilidad. Y el demonio sabe aprovecharse de ellas hasta tal punto que fiarse absolutamente de todo lo que es carnal sería caer en el error contrario. Pero ignorancia y debilidad no alcanzan lo demoníaco puro. Contrariamente a la tan difundida (se puede adivinar por quien) idea, lo peor no se corresponde ni con la barbarie ni con la bestialidad, y lo que hace de nosotros aún hoy seres tan permeables a cosas tales como, por ejemplo, el nazismo, es que lo denunciemos como si se tratara de una explosión salvaje que se llevó por delante a los «untermenschen», aunque afectaba especialmente a seres refinados que sabían mantenerse durante cinco horas escuchando *Tristán e Isolda*.

Que el espíritu está pronto pero la carne es débil (Mc 14, 38), eso se da por descontado. Ahora bien, esa palabra de Cristo puede tomarse en un sentido que acusa el peligro de un pecado puramente espiritual. La prontitud del

espíritu puro le da la posibilidad de cometer culpas sin error, de echarse completamente en brazos de un mal que él toma como su bien, sin circunstancia atenuante alguna. Reducir toda culpa a la ignorancia y a la debilidad es no ver la raíz de la culpa que mata. Y caer, con el desprecio a la carne, en el desprecio a la caridad.

Carne y caridad se parecen por dos razones. Por una parte, amar como ser carnal es tener un punto débil, experimentar cierta dependencia y, por tanto, ser vulnerable. Por otra parte, tanto la carne como la caridad desbordan la simple claridad natural de la razón, aquella por debajo, ésta por encima: ambas exigen una moral que no es sólo la del dominio, que en todo caso no tiene nada que ver con una moral heroica. La carne y la caridad, ligadas la una a una muerte física y la otra a una muerte mística, implican cierto padecimiento: el hecho de ser entregado a otro, para lo mejor y para lo peor, y de pasar, por lo tanto, en su condición terrestre, por una prueba. La tentación de las filosofías fue proponer una consolación que por sí misma nos hiciera eludir esa prueba. Allí donde San Pablo habla de gemidos, las filosofías paganas hablan de ataraxia. Allí donde Cristo pide coger la propia cruz para un gozo desgarrador, las espiritualidades humanas ordenan borrar la angustia con un contentamiento perfecto. Siempre flirtean con el pecado del ángel: que no es haber fracasado en la prueba (Dios vendría entonces a rescatar), sino haberla rechazado, pura y solitariamente, haberle negado toda pertinencia, porque la autonomía le pareció preferible a la comunión.

En el decisivo Libro XIV de *La ciudad de Dios*, San Agustín descubre en esa tentación estoica una complicidad demoníaca. En descarga de la carne, recuerda:

¿no puede ocurrir que la idolatría o la herejía sean con frecuencia una razón para abstenerse de las voluptuosidades de la carne? [...] Aunque de la corrupción de la carne nacen cierta inclinación al vicio y ciertos deseos desordenados, guardémonos de atribuirle a la carne todos los desórdenes de la vida; porque eso sería justificar al demonio, que no está en la carne. No se puede, en efecto, llamar al demonio fornicador o borracho, ni acusarlo de ningún otro vicio carnal, aunque sea el instigador oculto de parecidos crímenes, pero sí de ser infinitamente soberbio y envidioso (S. Ag. *De civ.*, libro XIV, 2-3).

Para defender el amor, aun en lo que tiene de cegador, añade:

todas las pasiones son buenas o malas según que el amor sea bueno o malo [...] A veces, la emoción, no de una codicia reprensible, sino de una loable caridad nos arranca lágrimas a pesar nuestro [...]. Si, pues, se llama apatía a la completa insensibilidad del alma, ¿quién no ve que esa insensibilidad es el mayor de todos los vicios? (S. Ag. *De civ.*, libro XIV, 7 y 9).

Aquel que hace a la carne responsable de todos los desórdenes «justifica al demonio». Ése estima que domar sus deseos carnales sería suficiente para hacerse bueno y olvida, por tanto, el mayor desorden, que es el orgullo. Quien hace del dominio de sí el *non plus ultra* de la moral cae en «el mayor de los vicios», pues desconoce ese amor que nos arranca de nosotros mismos y nos hace llorar «a pesar nuestro» y rechaza, por tanto, la moral de la misericordia. Porque la verdadera moral no es una moral de éxitos. Es una moral de fracasos, de fallos, de esa miseria que la misericordia viene a aprovechar, de esa concupiscencia que nos hinca en tierra para que con nosotros, pero también a pesar nuestro, la gracia venga a levantarnos. Si, por cualquier criterio idealizante eliminamos los fallos a la hora de considerar la condición humana, estaremos construyendo una imagen de un ser que no tiene correlato real; habremos perdido la perspectiva de nuestra propia condición.

El arte ha captado, justamente, tal vez mejor que otros acercamientos culturales, ese carácter trágico y también épico de la naturaleza humana. Los fracasos, las miserias, los horrores revelan paradójicamente no sólo la pequeñez de la existencia, sino también su grandeza. Así son posibles, a un tiempo, los personajes más bajos y los héroes, los demonios más maléficos que uno pueda imaginarse y aquellos hombres que dedican su existencia a combatirlos. Del mismo modo, el arte no sólo pretende mostrar todos esos conflictos en los que todo llega a teñirse de apocalipsis, sino que nos ayuda a comprenderlos y a comprendernos a nosotros mismos. El ser humano siempre ha podido acceder a esos escenarios de formas bien diversas. En la Grecia de Aristóteles la tragedia era esa obra de arte total en la que los conflictos cósmicos entre el Bien y el Mal entraban en el alma de los espectadores. En la Edad Media, los pórticos de las

catedrales, las vidrieras, los capiteles narraban esa historia sobrenatural acerca del mundo y de la vida, pero, hoy en día, lo tenemos aún más fácil: basta ir al cine, encender la tele o comprarse un cómic para ver cómo los seres malignos siguen azuzando nuestra existencia.

De demonios en nuestros horizontes visuales: la televisión, el cómic, el cine, etc.

Hoy en día, la presencia imaginaria de los seres malignos es sobreabundante. Nos impacta su presencia y también la de aquellos congéneres nuestros, seres humanos (de carne y hueso, de celuloide o de papel) que o bien colaboran con ellos o bien se enfrentan a ellos. Las acciones de las criaturas malignas se reducen a dos tipos: ordinarias y extraordinarias. Entre las ordinarias la más común, sin duda, es la tentación. Entre las acciones extraordinarias, la más llamativa es la posesión. Ante esas acciones se pueden tomar medidas: unas más o menos sencillas, otras más bien complejas, como el exorcismo. Si pretendiéramos hacer una relación exhaustiva de los materiales generados por esta temática en cine, televisión o cómic, el listado sería interminable. Por eso me referiré, en mi modesta opinión y muy brevemente, a la peor serie televisiva de los últimos tiempos sobre demonios, a uno de los cómics más inquietantes y, finalmente, en mi opinión, a la mejor película de todos los tiempos sobre la acción del diablo.

La televisión ha generado un buen número de series sobre brujas (¿recuerdan la toda sonriente *Embrujada* de nuestros años Sesenta?), espíritus o seres inmundos, vampiros (incluso algunas muy divertidas y con muy buen humor: qué decir de *Los Monster* posteriormente reconvertidos en *La familia Adams*) y demonios. Una de las peores, aunque al principio una de las más vistas (lo cual como todos sabemos no es incompatible), es la que produjo Plural Entertainment y emitió Telecinco en el año 2011³: me estoy refiriendo a *Ángel o demonio*. La trama es absolutamente simple: Valeria (Aura Garrido) es una joven estudiante que, tras huir de casa un día, descubre que es un ángel en

³ Esta serie, que murió el 12 de julio de 2011 tras veintidós capítulos, estaba prevista para Cuatro.

medio de una batalla entre el bien y el mal. Ahora, con la ayuda del ángel Nathael (Manu Fullola) y un libro en blanco deberá evitar caer en la tentación del mal y convertirse en un ángel caído. Pero no será tan fácil: los demonios capitaneados por la anciana Duna (Carmen Sánchez) van a ponérselo difícil cuando infiltren en el círculo de confianza de la joven a Damián (Jaime Olías) para que le arrastre al mal.

Repasemos algunas características de los personajes: *Valeria*, la protagonista de la historia ve cómo sus poderes de ángel acaban de despertar, debiendo proteger a quienes la necesiten. Para ello, contará con la ayuda de Nathael y un misterioso libro en blanco; *Damián*, al igual que Valeria, fue marcado, pero terminó escogiendo el camino del mal. Su misión es conquistar a Valeria para que termine siendo un ángel caído, aunque su problema es que la quiere de verdad y se siente dividido en ser un buen demonio o sus sentimientos hacía Valeria. Dos datos buenos, muestra que los demonios pueden escoger libremente su camino y tiene sentimientos. Un dato que muestra poca consistencia, se nos dice que quiere de verdad, pero el amor no es algo propio de los malos. Al final, se apuñala (¡como si tuviera cuerpo!) y comprueba que es inmortal (¡qué novedad para un ángel!); *Nathael*, un ángel, parece haber sido asignado para ayudar y guiar a Valeria en su cometido. Fue quien le proporcionó el libro blanco. Es algo así como el ángel de la guarda de otro ángel (curioso, ¿no?); *Duna*, un demonio de más de seiscientos años de edad, que sin embargo posee el físico de una niña de unos nueve o diez años. Es la líder de los demonios en la historia, ya que todos la obedecen. Su objetivo es que Valeria caiga en la tentación. A Duna le podríamos preguntar lo mismo que, en *Crepúsculo*, Bela Swan le pregunta a Edward Cullen: «¿cuántos años hace que tienes diecisiete?»; *Iris*, un demonio que trabaja para Duna. Tiene una personalidad muy morbosa, parece que le encanta tener relaciones sexuales (a pesar que, como ya hemos apuntado anteriormente, los demonios no tienen cuerpo). Parece ser el demonio de menor rango bajo las órdenes de Duna, ya que todos sus compañeros parecen superar sus poderes; *Alexia*, Mar Saura está muy guapa, y eso que es un demonio que tiene una edad de cuatrocientos años. También tiene tendencia a querer relaciones sexuales, aunque en su caso lo hace

más por la necesidad de que sus víctimas vayan por el mal camino. Conoce del pasado a Nathael, y todo indica que tuvieron una relación amorosa; *Miranda*, ex-novia de Damián, que la utiliza para dar celos a Valeria. Es asesinada por Teo, un alumno poseído por Satanás, y en vez de matar a Damián, Valeria empuja a éste y la bala le alcanza a ella; *Graziel*, este siervo de Duna, trabaja torturando a sus víctimas ganándose su confianza para que luego desconfíen de los demás, rompiendo sus lazos de amistad.

De manera muy peculiar, el cómic nos ha presentado siempre una gran cantidad de héroes y antihéroes en todos los campos: la historia, las campañas bélicas, la vida cotidiana, los conflictos políticos, las aventuras, la investigación policiaca y por supuesto –a lo que nosotros nos referiremos– los combates contra lo paranormal o lo sobrenatural. De ellos, los lectores aprendemos a conocer una serie de acontecimientos y personajes cuya particular condición genera un interés en el que se mezcla la curiosidad y el temor, el morbo y la angustia, el miedo a lo desconocido y el placer, casi perverso, del que contempla un escenario que va de lo épico a lo apocalíptico y todo ello metido en medio de nuestro mundo. En el cómic que comentaremos a continuación, uno no va con la imaginación a una especie de no lugar (*u-topós*) o a un no-tiempo, sino que las acciones relatadas pasan en un *aquí* y en un *ahora* muy cercanos, tan próximos que revelan la magia de lo verosímil. Este cómic recuerda, además, algunos caracteres de aquella definición clásica de la tragedia que Aristóteles nos presenta en su *Poética* 1449b 24: acción, lenguaje embellecido, figuras, partes definidas, personajes que actúan, y una especialísima mezcla de piedad y terror que terminan con la *katharsis* del espectador. Estamos hablando de *Hellblazer*.

En 1988 en los Estados Unidos, la editorial *DC Comics* comienza a publicar una serie cómics para adultos. *Hellblazer* es una serie de estética oscura y opresiva, en la que su personaje principal, John Constantine, aparece retratado como un hombre que sobrevive en un mundo moderno donde los conflictos entre la realidad, lo mágico y lo sobrenatural le provocan una tensión realmente dramática. La serie mantiene una línea de expresión netamente británica, tanto en su humor como en sus problemáticas, y refleja claramente

algunos tópicos políticos y sociales característicos del Reino Unido. El personaje fue creado por Alan Moore y apareció por primera vez como secundario en la serie de cómics *Swamp Thing*. En 1987, Alan Moore cedió a la petición de otros autores para crear una serie sobre el personaje y, con el título *John Constantine: Hellblazer*, se publica la primera historia sobre este *detective de lo oculto*. Primero con Jamie Delano como guionista, John Ridgway como dibujante y Dave McKean encargado de las portadas. Asimismo, han trabajado en la serie escritores como Jamie Delano, Garth Ennis, Paul Jenkins, Warren Ellis, Darko Macan, Brian Azzarello, John Smith, Mike Carey y Denise Mina; y artistas como Mark Buckingham, Tim Bradstreet, Steve Dillon, Marcelo Frusin, Leonardo Manco y Sean Phillips. A partir del número 63 (marzo de 1993), la serie pasó a formar parte del sello *Vertigo*.

John Constantine (nacido, según la ficción, en Liverpool, Inglaterra, en 1953) es un hechicero o exorcista carente de moral, poseedor de valores cuestionables y métodos poco ortodoxos. Físicamente puede ser reconocido por su gabardina y su parecido con el músico inglés Sting. Constantine es un antihéroe atrapado en la estética del detective clásico. Narrando sus pensamientos en una voz en off aparece como un perdedor, consciente de su suerte, alcohólico y adicto a la nicotina, individualista y amoral, cínico y solitario. En su cínica carrera hacia el éxito como nigromante ha sacrificado a otras entidades (sean estas humanos o criaturas míticas) cuyos espíritus le atormentan continuamente. Su único objetivo es su propia supervivencia, para lo cual practica todo tipo de trucos y engaños con los seres sobrenaturales a los que se enfrenta y con los seres humanos que le rodean en su vida cotidiana. Además de su aparición en *Swamp Thing*, ha tenido otros cameos en *The Sandman* y *Muerte*, obras de Neil Gaiman, así como en *Los Libros de la Magia*.

En 2005 vio la luz la adaptación cinematográfica del cómic, en la película titulada *Constantine* del director Francis Lawrence. En esta versión, el personaje principal es encarnado por el actor Keanu Reeves. El film tuvo poco éxito entre los fans del cómic por el desacierto a la hora de reflejar un personaje tan complejo como Constantine, y transmitir su mundo desbaratado y surrealista con poco acierto. El escritor John Shirley ha publicado una serie de

novelas desde 2005 en las que trata de adaptar la película, con el fin de hacer más pequeño el salto desde la película al cómic y viceversa. Desde 2009 llevan produciéndose fallidas reuniones para realizar una secuela de la película en la que John Constantine conoce a su padre y le desvela un inesperado secreto: en realidad es un demonio. Pero su posibilidad de elegir entre el bien y el mal ha hecho de él el que es. Al parecer desde principios de 2011, Keanu Reeves habría aceptado iniciar conversaciones para sumarse al proyecto, aunque en un principio lo había rechazado.

Permítanme cambiar de escenario y terminar con algo más serio. El cine tiene un icono insuperable en *The Exorcist* dirigida en 1973 por el realizador William Friedkin, sobre un guión escrito por William Peter Blatty basado en su propia novela homónima, que se publicó hace cuatro décadas en 1972, y que sólo en los Estados Unidos llegó a vender cerca de trece millones de ejemplares. La cinta relata los fatídicos hechos de la posesión diabólica de Regan MacNeill, una niña de doce años, y todos los exorcismos a los que más tarde fue sometida⁴. Su estreno en la década del Setenta provocó una abrumadora

⁴ En una excavación arqueológica en Al-Hadar cerca de Nínive, en Irak, el arqueólogo padre Lankester Merrin (Max von Sydow) visita un sitio donde una pequeña piedra se asemeja a una mueca, se encuentra la criatura bestial. Merrin viaja hacia adelante para encontrar la extraña estatua de Pazuzu, que tiene una cabeza similar a la que se encuentra antes. Mientras tanto, el Padre Damien Karras (Jason Miller), un joven sacerdote en la Universidad de Georgetown, empieza a dudar de su fe, mientras que hace frente a la enfermedad terminal de su madre. Chris MacNeil (Ellen Burstyn), una actriz en Georgetown, nota cambios dramáticos y peligrosos en el comportamiento de sus hija de 12 años, Regan MacNeil (Linda Blair). Regan tiene una convulsión, a continuación, muestra los poderes antinaturales como la levitación y una gran fuerza. Regan maldice en una voz masculina demoníaca. Chris, inicialmente cree que los cambios están relacionados con la pubertad, pero los médicos sospechan que es una lesión en el cerebro. Regan soporta una serie de desagradables pruebas médicas. Cuando los rayos X no muestran nada fuera de lo común, un médico informa que Regan tiene que ser llevada a un psiquiatra. Sucesos paranormales continúan, incluyendo la cama de Regan, sacudiendo violentamente, ruidos extraños, y los movimientos inexplicables. Cuando todas las explicaciones médicas se han agotado, un médico le recomienda un exorcismo, lo que sugiere que si se presentan síntomas de Regan son el resultado psicósomática de una creencia en la posesión demoníaca, entonces tal vez un exorcismo tendría el efecto de acabar con ellos. En su desesperación, Chris consulta Karras, ya que es a la vez un sacerdote y un psiquiatra. Durante un período en el que Karras observa Regan, que se refiere constantemente a sí misma como el diablo, Karras inicialmente cree que ella es como aquellas que sufren de psicosis, hasta que la registra de hablando en un idioma extraño que resulta ser Inglés hablado al revés. A pesar de sus dudas, Karras decide solicitar el permiso de la Iglesia para llevar a cabo un exorcismo. Merrin, un exorcista con experiencia, es llamado a Washington para ayudar. Él y el padre Karras tratan de expulsar el espíritu del cuerpo de Regan. El demonio se burla de los sacerdotes, los amenaza y los agrede, tanto física como verbalmente (incluyendo el demonio con la voz de la madre de Karras) hasta que Merrin sufre un ataque al corazón. Karras intenta realizar la reanimación cardiopulmonar sin éxito, mientras Regan ríe. Tras esto y con una furia

aceptación por parte del público y de la crítica, que terminaron considerándola como una de las mejores películas en la historia de su género. Además, la película obtuvo un total de diez nominaciones para los Premios Oscar, incluyendo Mejor Película, de los cuales logró llevarse finalmente dos (mejor guión adaptado y mejor sonido), y siete nominaciones para los Premios Globo de Oro, de los que ganó cuatro (Mejor Película, Director, Actriz de reparto y Guión). Fue también ganadora del Premio Saturn a la Mejor película de terror. Blatty, el autor de la novela, explicó que la historia se inspiró en hechos verídicos en los cuales trabajó cuando él aún era estudiante universitario, acerca de unos informes que aparecieron sobre un exorcismo real realizado en la localidad de Mount Rainier, Washington, en el año 1949, y del que se hizo eco *The Washington Post*.⁵ En el caso, la persona poseída era un niño de catorce años de edad llamado Robbie Mannheim.

Hay que destacar, también, algunos hechos, cuando menos, chocantes que envolvieron a la propia película. Durante el rodaje se incendió uno de los sets de producción, lo que provocó un retraso en la filmación de seis semanas; se velaron rollos sin razón aparente y distintos técnicos sufrieron una serie de accidentes laborales en circunstancias poco claras. Tanto antes como poco tiempo después del estreno de la película, fallecieron varios familiares de los actores, así como el actor irlandés Jack MacGowran (en la película Burke Dennings) tras filmar la muerte de su personaje. El director Friedkin llegó a llamar incluso a un sacerdote para que diera su bendición a todo el equipo de producción del filme. Todo esto sin olvidar que personas afines a círculos satánicos presionaron al realizador para que abandonara el proyecto e incluso, la propia Iglesia católica reprobó algunos pasajes del guión por su tono blasfemo. En el estreno, numerosos espectadores sufrieron «ataques de

incontrolable, Karras se abalanza sobre ella, retando al demonio a salir del cuerpo de Regan y entrar en el suyo. El demonio lo hace, tras lo cual el sacerdote se arroja por la ventana del dormitorio de Regan y cae por unas escaleras. Con el padre Karras agonizando en el suelo, un devastado Padre Dyer (William O'Malley) administra los últimos sacramentos. Regan se recupera y no parece recordar su terrible experiencia. Chris y Regan parten de Georgetown, dejando atrás su terrible trauma.

⁵ El 20 de agosto de 1949, el *Washington Post* publicó un artículo en primera plana bajo el titular «Sacerdote libera en Mount Rainier a un chico poseído por el Diablo». El reportero que lo firma es Bill Brinkley, que más tarde trabajaría para la revista *Life* y se convirtió en un novelista best-seller. Murió en 1993 de una sobredosis de barbitúricos.

nervios» y los propietarios de las salas de exhibición decidieron, como reclamo publicitario, apostar a las puertas de los cines ambulancias con camillas y enfermeros para atender a los eventuales espectadores desmayados. Esta serie de desgracias, o esta supuesta maldición, alcanzó la versión teatral de la película, cuando el estreno de la obra en el Comedy Theatre de Londres tuvo que aplazarse por un suceso fatal: la muerte en extrañas circunstancias en la habitación de su hotel de Mary Ure, la actriz principal. En fin, *cosas del diablo*.

In inferno nulla est redemptio

Todo este recorrido de los seres malignos de nuestro imaginario cultural contemporáneo no hace que olvide esa obra de Hans Memling en la que aparece un demonio de aspecto bestial portando una filacteria en la que podemos leer esta sentencia: *in inferno nulla est redemptio*. Es escalofriante. En el fondo la cuestión es simple; se reduce a considerar si creemos que los ángeles y los demonios realmente existen o no. Si no existen realmente, al menos tienen una existencia imaginaria, es decir, existen en tanto que iconos contruidos por el ser humano como medio de expresión –tal vez de liberación– de nuestras inquietudes, de nuestros temores, de nuestros miedos más íntimos. Ahora bien, si creemos en la existencia de seres angélicos, criaturas puramente espirituales, no debemos pensar que somos una especie de inmaduros racionales que, como no pueden explicar todo lo que pasa, proyectan sobre estas extraordinarias entidades un universo imaginario para calmar o aquietar algunos interrogantes que habitan en el *hombre interior*.

Que el mal existe, de eso no tenemos duda, porque es evidente. No obstante,

una cosa es creer en el diablo, y otra bien distinta reconocerle como único ser digno de adoración. En el primer caso, se encuentra cualquier creyente de la mayoría de las religiones, incluidos los de la fe cristiana, mientras que, en el segundo, se ubican los adoradores del diablo. Ahora bien, el satanismo, lejos de ser una clase de ateísmo, necesita afirmar con toda severidad la existencia de Dios. Un satanismo ateo sería un imposible teórico, vendría a ser una inconsistencia imperdonable. Creer en el diablo sólo tiene sentido si se cree en Dios, pues de qué serviría Satán si Dios no existiera, a

quién se enfrentaría, contra quién litigaría, a quién lanzaría sus desafíos soberbios y displicentes (PIÑERO 2006, p. 15).

En definitiva ¿dónde encontraría a un rival de su altura? De todos modos nuestro mundo contemporáneo gusta más de la imagería que de la reflexión ponderada, aprecia más los destellos de lo instantáneo que la severidad de la metafísica, y, a veces, prefiere jugar a ser cínico ocultando virtualmente las miserias, que afrontar la realidad de la condición humana.

Fuentes

- PALEOTTI 1582
PALEOTTI, Gabriele: *Discorso intorno alle immagini sacre e profane*, 1582.
- S. Ag. *De civ.*
SAN AGUSTÍN: *La ciudad de Dios*, (*De Civitate Dei*), en MORAN, Fr. José (ed.), *San Agustín. La ciudad de Dios (De Civitate Dei). Obras completas. Tomos XVI a XVII* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1958).
- S. BERNARDO DE CLARAVAL
SAN BERNARDO DE CLARAVAL: *Discursos de San Bernardo abad de Claraual sobre el Cántico de los Cánticos de Salomón* (Valladolid: en la imprenta de Tomas Cermeño, 1800).
- S. Th. I
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Summa Theologiae*, I, Prima pars (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1978).

Bibliografía

- BOTELLO DE MORAES 1987
BOTELLO DE MORAES, Francisco: *Historia de las Cuevas de Salamanca*, (Madrid: Tecnos, 1987).
- EGIDO 1994
EGIDO, Luciano G.: *La Cueva de Salamanca* (Salamanca: Ayuntamiento de Salamanca, Salamanca, 1994).
- GARCÍA BLANCO 1961
GARCÍA BLANCO, Manuel: *Siete ensayos salmantino* (Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 1961).
- PASCAL 1994
PASCAL, Blaise: *Entretien avec M. de Sacy* (Paris: Broché, 1994).
- PIÑERO 2006
PIÑERO, Ricardo: *El olvido del diablo* (Salamanca: Luso-española de Ediciones, 2006).

Apéndice I. Sobre la soberbia y envidia de los ángeles. Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologiae*, I, 63, 2.

En los ángeles, ¿puede haber sólo el pecado de soberbia y de envidia?

Objeciones por las que parece que en los ángeles no puede haber más que el pecado de soberbia y el de envidia:

1. En quien cabe el deleite de algún pecado, cabe dicho pecado. Sin embargo, como dice Agustín en II *De Civitate Dei*, los demonios se deleitan en las obscenidades de los pecados carnales. Por lo tanto, en los demonios puede haber también pecados carnales.

2. Si la soberbia y la envidia son pecados espirituales, también lo son la pereza, la avaricia y la ira. Ahora bien, los pecados espirituales son propios del espíritu, como los carnales son propios de la carne. Por lo tanto, en los ángeles no solamente puede haber soberbia y envidia, sino también pereza y avaricia.

3. Gregorio, en *Moralibus*, dice: «De la soberbia nacen muchos vicios; de la envidia también». Pero, puesta una causa, se sigue su efecto. Por lo tanto, si en los ángeles puede haber soberbia y envidia, por lo mismo puede haber también otros vicios.

S. Ag., *De Civitate Dei*, XIV:

El diablo no es fornicador ni borracho ni nada parecido; y, sin embargo, es soberbio y envidioso.

Respondo. De dos maneras puede haber algún pecado en alguien: una, en cuanto al reato; otra, en cuanto al efecto. En cuanto al reato, los demonios tienen todos los pecados, porque al inducir a los hombres a cometer todo género de pecados incurren en el reato de todos ellos. En cuanto al efecto, solamente puede haber en los ángeles malos aquellos pecados a los que puede tender la naturaleza espiritual. Con todo, la naturaleza espiritual no tiende a los bienes propios del cuerpo, sino a los que pueden encontrarse en las cosas espirituales, ya que nada tiende más que a lo que, de algún modo, puede convenir a su naturaleza. En los bienes espirituales, cuando alguien se aficiona a ellos, no puede haber pecado, a no ser que en tal afecto no se observe la regla del superior. Pero no someterse a la regla del superior en lo debido es precisamente lo que constituye el pecado de la soberbia. Por lo tanto, el primer pecado del ángel no pudo ser más que el de soberbia.

Así todo, y como consecuencia, pudo haber en ellos también el de envidia. En efecto, la misma razón que el apetito tiene para inclinarse a una cosa, la tiene para rechazar la contraria. Por eso, el envidioso se duele del bien del otro, pues estima que el bien ajeno es un obstáculo para el propio. Pero el bien de otro no pudo ser tenido como obstáculo del bien al que se aficionó el ángel malo, a no ser en cuanto que apeteció una grandeza que quedaba eclipsada por la grandeza de otro. Por eso, tras el pecado de soberbia apareció en el ángel prevaricador el mal de

la envidia, porque se dolió del bien del hombre y también de la grandeza divina, en cuanto que Dios se sirve del hombre para su gloria en contra de la voluntad del demonio.

A las objeciones:

1. Los demonios no se deleitan en las obscenidades carnales en el sentido de que aprecien deleite carnal, sino en el sentido de que, por envidia, se deleitan en cualquier pecado del hombre, en cuanto que todo pecado es un obstáculo para el bien del hombre.

2. La avaricia, en cuanto pecado especial, es un apetito desordenado de toda clase de bienes temporales que sirvan para la vida humana y puedan estimarse por dinero. Los demonios no apetecen estas cosas, como tampoco apetecen los deleites carnales. Por eso, en ellos no puede haber avaricia propiamente tal. Si llamáramos avaricia al deseo inmoderado de poseer un bien creado cualquiera, este género de avaricia está contenido en la soberbia que hay en los demonios. La ira, por su parte, va siempre acompañada de alguna pasión, lo mismo que la concupiscencia, y, por lo tanto, no puede hallarse en los demonios más que en sentido metafórico. En cuanto a la acedia, es una forma de la tristeza que hace al hombre lento para aquellos ejercicios del espíritu a causa de la fatiga corporal. Esto no lo pueden experimentar los demonios. Por todo lo cual resulta claro que solo la soberbia y la envidia son los pecados puramente espirituales que le pueden competir a los demonios, siempre y cuando la envidia no se tome como pasión, sino como voluntad reacia al bien ajeno.

3. Bajo la envidia y la soberbia, tal como se atribuyen a los demonios, están comprendidos todos los pecados que de ellas se derivan.

Apéndice II. Artículo de Bill Brinkley en *The Washington Post*, 20 de agosto de 1949, «Sacerdote libera en Mount Rainier a un chico poseído por el Diablo»

En lo que es quizás una de las experiencias más notables en la historia religiosa reciente, un niño de catorce años de edad, en Mount Rainier, ha sido liberado por un sacerdote católico de la posesión por el diablo, informaron ayer fuentes católicas Sólo después de veinte a treinta actuaciones con el antiguo ritual de exorcismo, aquí y en San Luis, el diablo era finalmente expulsado del joven, se dijo En todos, excepto en el último de ellos, el niño rompió en una violenta explosión de gritos, insultos y expresión de frases en latín -una lengua que nunca había estudiado- cuando el sacerdote llegó a los puntos culminantes del ritual de veintisiete páginas en el que ordenó al demonio que se apartase del niño. Yo te ordeno, quienquiera que seas, espíritu inmundo, y a todos tus compinches que habéis poseído a este amigo de Dios. Dame tu nombre, el día y la hora de tu salida, junto con alguna señal. Yo te mando que obedezcas en todas estas cosas y que nunca más ofendas a esta criatura de Dios» En total dedicación a su tarea, el sacerdote se quedó con el niño durante un período de dos meses, durante los cuales dijo que él personalmente fue testigo de manifestaciones tales como que la cama en la que el niño estaba acostado de repente se ponía en movimiento por toda la habitación Un pastor protestante de

Washington ya ha informado personalmente y ha sido testigo de manifestaciones similares, incluyendo una en la que el somier en el que el niño estaba durmiendo se deslizó lentamente por el suelo hasta la cabeza del muchacho y golpeó contra la cama, despertándole. En otro caso reportado por el ministro protestante, un sillón pesado en el que el niño estaba sentado, con las rodillas dobladas debajo de la barbilla, se inclinó lentamente hacia un lado y se cayó, lanzando al niño al suelo. El rito final de exorcismo con el que el niño fue liberado del demonio tuvo lugar en mayo [mes de la Virgen], se informó, y desde entonces no ha tenido manifestaciones. Un sacerdote aquí ha expresado la creencia de que era probablemente la primera vez que se expulsaba al diablo a través del ritual en al menos un siglo de presencia de la Iglesia católica en esta área. Pero antes de que se llevara a cabo, confirmó un sacerdote, se realizaron todos los exámenes médicos y psiquiátricos para la curación del niño. El niño fue llevado al Hospital Universitario de Georgetown, donde se ha estudiado de forma exhaustiva su situación, y al de St. Louis University. Por último, los hospitales católicos, dijo el sacerdote, informaron sobre el hecho de que fueron incapaces de curar al niño a través de medios naturales. El ritual se llevó a cabo por un sacerdote de San Luis -un jesuita de 50 años- que se dedicó a la tarea a través de la oración y el ayuno.

Los detalles del exorcismo, que se describen a *The Washington Post*, han sido facilitados por un sacerdote. Durante dos meses, el sacerdote se quedó con el niño, que le acompaña de ida y vuelta en el tren, duerme en la misma casa y, a veces en la misma habitación con él. El sacerdote fue testigo de muchas de las manifestaciones realizadas por el ministro protestante en una reunión de la Sociedad de Parapsicología celebrada este mes a puerta cerrada. Fue en esta sesión cuando el Dr. JH Rin, director del laboratorio de parapsicología famosa Universidad de Duke, que vino aquí para estudiar el caso, fue citado diciendo que era «el más impresionante» fenómeno de *poltergeist* que había llegado a su conocimiento en todos sus años de investigación en este campo. En repetidas ocasiones, cada vez que se llevó a cabo el ritual, la reacción violenta del joven se repetía en los momentos en los que el sacerdote ordenaba al espíritu maligno que saliera de él. En estos puntos, el muchacho se llenaba de furia y se ponía a blasfemar y los gritos y las frases en latín eran asombrosos. Pero, finalmente, en la última actuación del ritual, el chico se mantuvo en silencio. El éxito del exorcismo llegó después de que el niño fuera llevado a la Iglesia Católica, con el consentimiento de sus padres no católicos, y recibiera la instrucción religiosa. Fue a principios de este año cuando los miembros de la familia del niño informaron a su ministro de los extraños sucesos en su casa de Mount Rainier que empezaron el 11 de enero.

Ricardo PIÑERO MORAL

Profesor de *Key Issues in the Contemporary World* en la Universidad de Navarra, Pamplona. Se doctoró en la Universidad de Salamanca en 1994, donde ha desempeñado diferentes puestos docentes y cargos académicos. Filósofo especializado en el ámbito de la Estética y la Teoría de las Artes, sus temas de investigación se centran en los análisis histórico-filosóficos y simbólicos de la cultura y la política. Es miembro académico del *Center of Cultural Studies* de la Universidad de San Petersburgo y ha impartido cursos y seminarios en diversas universidades europeas y americanas.